

Las notas de Charles Fort

• Juan Rubén Valenzuela

Cada vez que escribo sobre profecías y acabos de mundo me sobrevienen períodos adversos que me tienen muy escamado. Hay temas que parecen tabú, y en los que tal vez habría que meterse imbuido de mucha fe, o con el sano racionalismo que no compromete el alma, sobre todo cuando se llega a conclusiones optimistas. Pero cuando se vive oscilando entre la creencia y el escepticismo, preferible es guardarse la lengua en el tono, como diría el buen Sancho Panza.

He aquí que, de repente, dos conocidos míos, a los cuales tengo mucho aprecio, han saltado a la palestra de ediciones de última hora. Ellos son María Teresa Díez y Manuel San Martín Prieto. El libro de sus devotos se denomina "Profecías del fin de mundo". Nada puedo decir de su sustancia, pues aún no llega a mis manos. He entrevisto, de lo que hasta aquí han dicho comentaristas, que aunque la materia sea difusa se llega, siguiéndola, al reconfortante cordillero de que la barca loca que es el mundo —que muchos dan por perdida— podría estar de caer entre Escila y Caribdis. ¿Quién sería el timonel? ¿Dios o el diablo? Responden a una voz los autores: "Sería la conversión de esta perversa humanidad".

Bueno. Que me perdonen María Teresa y Manuel. En realidad, ellos son salomónicos y sólo exponen opiniones y teorías.

Pero yo tengo buen nano y me alegro decir que esa sería la mejor solución. Aunque torivamente nos apartemos de Dios, conservemos el buen criterio de reparar en nosotros mismos. ¿Es o no un criminal en potencia el contaminador de atmósfera, aunque vaya montado en humilde "citrón"? ¿Y el explotador del prójimo, el que le recorta el salario, lo ahoga en usura, y a última hora lo deja en cueros no es el provocador del desbarajuste que nos tiene socialmente convertidos en perros y gatos? ¿Y el que alborota a las masas y les insufla el odio irracional no merecería también que se le colgase del palo de moxana? En fin, si hay un juicio final, serán

muchos los que irán a la hoguera, y que me perdonen los bomberos. ¿Cuándo se habían visto tanto desajustado, insidioso y corruptor como en este precioso fin de siglo? "¡La ira de Dios que venga!", gritan los que cluden el culto mariano, ignorando que la Biblia da a entender que Dios, todo infinita piedad y creador del libre albedrío, puede que no baje el pulgar hasta que el último de los pecadores firme su propia sentencia.

Al filo de mis revelaciones, de las que me llegan en noches de insomnio, deduzco que la Gran Bestia no es el ~~444~~, sino la masa tumultuosa que ha olvidado a Dios y sus deberes para consigo misma. ¿Qué tiemblen entonces los sofistas y sembradores de falsas que han pervertido la mente humana y los sentimientos! ¿La conversión del pueblo en turbamulta no viene desde antes de la Revolución Francesa? ¿No se le ha endiosado y hecho sentir poderoso, y así a costa de utopías no se le ha convertido en un enagrar de múltiples cabezas y que no piensa con ninguna? Pero vedlo feliz de rugir en los estadios, apedrear árbitros indefensos, y en la Quinta Vergara formar caos piromaniacos, sabedor de que con su violencia eleva y destruye falsos ídolos de los que crea a su imagen y semejanza, nada

nada que para embriagarse con un transitorio poder.

Y dicen que el gran conglomerado, sus facciones ni relieves particulares para no perder la fuerza bruta, no se hace problemas con lo sacro. ¿Al diablo con la santidad! Este tiempo está tan podrido que hoy nadie repararía en un lucero que se abriera paso inconsultamente y sin registro de astronomía. Lo portentoso hoy no existe. ¿Será eso lo que nos pierde?

Porque sucesos raros e incomprensibles han ocurrido desde los albores de la humanidad. Charles Fort, recopilador de noticias inverosímiles extraídas de la prensa de su época —coleccionadas por él en cajas vacías de zapatos—, da a conocer en sus notas que el 2 de noviembre de 1819 hubo una lluvia roja en Blanker-

bergues; una lluvia de barro en Tasmania el 14 de noviembre de 1902; descomenales copos de nieve en Nashville, el 2 de enero de 1891; aluvión de ranas en Birmingham, el 30 de junio de 1892. Aerolitos. Bolas de fuego. Huellas de un animal fabuloso en Devonshire. Aparatos extraños en el cielo. Inscripciones en meteoritos. Nieve negra caída. Lunas azules. Soles verdes. Chaparrones de sangre.

Ahora también ocurren cosas raras, pero nadie tiembla.

¿Por qué, si ahora cualquier tarado abre una puerta hermética a distancia con sólo oprimir un botón, o con una bomba percudida a control remoto deja sin piernas ni brazos a los niños de un jardín infantil, o cualquier compadrito se toma un copetín en Buenos Aires y al poco rato se repite el guiso en Amberes?

Y lo más terrible y dramático es que mientras más se cague el hombre, más firme posa la planta sobre su propia destrucción. Esto es lo que advierten las "Profecías del fin del mundo", la gran recopilación de María Teresa Díez y Manuel San Martín Prieto. Sólo les hizo falta el menudo Charles Fort, que en sus notas acuciosas demostraba que mucho de lo profetizado se ha cumplido y que la liquidación continúa.



Las notas de Charles Fort [artículo] Juan Rubén Valenzuela.

Libros y documentos

AUTORÍA

Valenzuela, Juan Rubén

FECHA DE PUBLICACIÓN

1987

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Las notas de Charles Fort [artículo] Juan Rubén Valenzuela. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa